

PAPIRO

Día 8

El Mensaje

Valle de los Reyes – Egipto.

El calor de la tarde se filtraba a través de la tela gruesa de la tienda, cargando el aire con un aroma seco y polvoriento. Nafir despertó con una sensación de opresión en el pecho, como si una piedra le pesara entre las costillas. Parpadeó varias veces, tratando de enfocarse. Sus labios, reseco, mostraban pequeñas grietas, lastimándolo.

A su lado, Abdul lo observaba con los brazos cruzados y una expresión de evidente desaprobación, pero sostenía una jarra de agua en la que, a falta de lienzo, remojaba el extremo de su turbante.

—No debería moverse —le dijo en tono grave mientras le humedecía los labios y la frente—. Podría haber muerto ayer.

Nafir ignoró la advertencia. Hizo un esfuerzo por incorporarse y, con un gemido contenido, logró sentarse en el catre.

—Creo que exageras —murmuró, llevándose una mano al rostro—. Estoy bien.

Abdul chasqueó la lengua.

—No lo está. Pero claro, ¿desde cuándo escucha razones?

Nafir esbozó una media sonrisa y, con torpeza, se inclinó para tomar la chaqueta de lino que colgaba de una silla. Sus movimientos eran lentos, pero su determinación seguía intacta.

—Tengo trabajo que hacer —dijo, rebuscando entre los bolsillos hasta encontrar el sobre que le había entregado Sofía el día anterior.

Abdul bufó y negó con la cabeza.

—¿De verdad le importa más el permiso que su salud?

—Si el Servicio de Antigüedades encuentra una excusa para cerrarnos, todo se acaba —aclaró Nafir.

Abdul apretó los labios, pero no insistió.

Con dedos aún temblorosos, Nafir rasgó el sobre y extrajo el permiso. Lo desplegó con cuidado, pasando la mirada por cada línea. Pero antes de sumergirse en la lectura, algo pegado al papel llamó su atención: un mensaje.

Su respiración se entrecortó al leer las palabras escritas con tinta oscura:

<<El Ojo de Horus lo ve todo. Si lo fraccionas y lo vuelves a juntar, te revelará el secreto para aliviar tus males, pero siempre faltará una parte del todo>>.

Nafir frunció el ceño.

—¿Qué es esto? —murmuró.

Abdul se inclinó sobre su hombro, leyendo por encima de él.

—No parece parte del permiso.

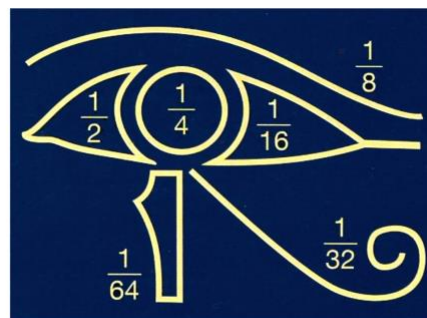
Nafir lo examinó de nuevo. Le desconcertaba la referencia al Ojo de Horus y, aún más, la mención de “aliviar sus males”.

Desconcertado, dejó el mensaje a un lado y se concentró en revisar el permiso. Sin embargo, el enigma seguía resonando en su mente. Le llamó la atención que el texto hiciera referencia a Horus, hijo de Hathor en la mitología egipcia. Recordó que Hathor significaba "La Casa de Horus". La parte del mensaje "... te revelará el secreto para aliviar tus males..." le intrigó. Se preguntó: "¿Sabrán que busco el antídoto?". Desconocía el significado del mensaje, así que dejó el papel a un lado y murmuró: "No tengo tiempo para perderme en historias y mitos" mientras intentaba levantarse.

—¿Qué hace? —dijo con asombro Abdul.

Nafir ignoró el comentario y retomó su tarea. Intentaba identificar en la capilla los nombres de los venenos mencionados en el papiro Ebers. A pesar de que había cientos de jeroglíficos distintos para formar palabras y frases, solo leía los que reconocía. Su vocabulario era limitado, lo que dificultaba aún más la traducción de lo que había imaginado inicialmente, pero debía continuar.

El mensaje era, por demás, enigmático. Sin embargo, Nafir recordó que el Ojo de Horus se usó ampliamente en el Antiguo Egipto como una herramienta de cálculo basada en fracciones. Cada una de sus seis partes, entre ellas la ceja y la pupila, representaba valores específicos: $\frac{1}{8}$ y $\frac{1}{4}$ de una unidad, respectivamente.



$$\llcorner = \frac{1}{2} \quad \circ = \frac{1}{4} \quad \sim = \frac{1}{8} \quad \triangleright = \frac{1}{16} \quad \curvearrowright = \frac{1}{32} \quad \lrcorner = \frac{1}{64}$$

—Recuéstese —dijo Abdul, pero Nafir insistía en seguir trabajando hasta que se tambaleó, mareado.

Como pudo, Abdul lo ayudó a subir al catre y le limpió las heridas de la cara, mientras Nafir, con los dedos aún temblorosos, volvió a deslizar la mirada sobre el mensaje. Algo en esas palabras lo inquietaba, algo que no podía ignorar. Y entonces lo vio: una pista oculta en el mismo texto.

—¡Claro! —exclamó Nafir, estrujando la nota mientras recordaba que, aun sumadas, las fracciones del Ojo de Horus nunca alcanzaban la unidad.

Su total era siempre **63/64, jamás 1**. En la mitología egipcia, este concepto se asociaba con la imperfección, lo incompleto o lo inalcanzable.

Aunque aquello le brindó un efímero consuelo, no veía cómo podría utilizarlo. Y lo más inquietante de todo: ¿quién le dijo a Sofía de su envenenamiento?

—¿Se siente bien? —preguntó Abdul, inclinándose con inquietud.

Nafir sonrió a pesar del dolor de sus heridas. No contestó, solo movió la cabeza de arriba a abajo y volvió a sonreír. Su mirada extraviada carecía de brillo.

Abdul sintió un escalofrío al ver que reía. Quizás el golpe... Quizás el veneno le habían afectado la lucidez.

Sekhmet

Dra'Abu el-Naga' – Egipto.

Cerca del mediodía, Lurgi aún permanecía recostado en su lecho. Se había despertado tres horas antes, cansado y adolorido, pero más que su cuerpo, su mente se negaba a enfrentar los retos de un nuevo día. Temía que cuando la Santa Sede se enterara de su fracaso, lo condenara al exilio con ignominia. Celia, preocupada por su salud, se acercó a saludarlo. Quería saber qué le había sucedido el día anterior. Tocó a la puerta:

— Lurgi, buenos días. ¿Estás bien?

Él se espabiló y poco a poco se levantó, al mismo tiempo que contestaba:

—Buenos días, Celia. Estoy bien, gracias.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella.

—Sí, adelante —contestó él mientras, apurado, trataba de arreglar el desorden, aunque ya era tarde para eso.

Celia, apenada, comentó:

—Perdón, anoche me quedé preocupada.

Lurgi carraspeó e impostó la voz para sonar seguro:

—No hubo intercambio. Quieren que el Papa visite Alejandría.

Ella se sorprendió al escuchar la condición y, al preguntar, exclamó:

—¡¿Qué quieren qué?!

Lurgi se dio cuenta de que esto no sería fácil de entender y trató de decirlo de otra manera:

—Invitan al Papa a Alejandría.

Ella no alcanzó a oír con claridad, ya que en ese momento varias personas murmuraban y, emocionadas, corrían para todos lados comunicando la buena nueva. Un hombre, aún con asombro en el rostro, y el jefe de excavadores entraron a la habitación y exclamaron:

—¡Descubrimos una estatua de Sekhmet!

Lurgi volteó a ver a Celia, quien sonrió emocionada y dijo:

—Esto es maravilloso.

Ambos salieron rumbo a la estatua y caminaron entre la arena con el sol en lo más alto, velado por algunas nubes que presagiaban lluvia.

El campamento se llenó de alegría. Todos dejaron lo que estaban haciendo y fueron a ver a la estatua que, con su cabeza de leona y cuerpo de mujer, era inconfundible, aun estando envuelta en polvo y tierra. Conforme la limpiaban, se sorprendían porque su tamaño era el de una persona. Medía poco más de un metro y medio de alto y medio metro de ancho.

—Parece granito —dijo Celia, pasando la mano por la superficie—, pero aún está cubierta de polvo.

Cuando terminaron de limpiarla, su belleza quedó al descubierto. La diosa estaba sentada en su trono con el disco solar y el signo de una cobra sobre su cabeza, sosteniendo en su mano izquierda un ankh †, símbolo de la vida.

Era venerada en el Antiguo Egipto por ser la diosa de la guerra y de la curación. Protegía a los faraones y los guiaba en la batalla. Su nombre significa la poderosa, la que tiene el poder.

Esto era algo inesperado. El viento terminó por llevarse las nubes que oscurecían el campamento, cambiando el semblante de Lurgi. Aunque todavía no hallaban la tumba de Amenhotep I, por primera vez se descubría una

estatua de Sekhmet en este lugar, distante 3.6 kilómetros del poblado de Karnak, en donde ya se habían encontrado otras estatuas de esta diosa.

“Este descubrimiento llenará de orgullo al Vaticano y pasará a formar parte del acervo del Museo Gregoriano Egipcio”, pensaba complacido Lurgi. Ahora tenía un buen pretexto para comunicarse con la Santa Sede y lo aprovecharía para explicar su desafortunada experiencia en el mercado negro de antigüedades.

—La fortuna está de regreso —susurró con una sonrisa calculadora. Sekhmet había reclamado su lugar, y él también lo haría.

Entretanto, Celia aún no salía de su asombro. Contagiada por la euforia reinante, abrazó a Lurgi y le dio un beso en la mejilla. Los rayos del sol les daban directo en la cara; se separaron buscando una sombra y, en tanto se secaban el rostro, sonreían nerviosos e intercambiaban miradas furtivas, llenas de complicidad.

La emoción del hallazgo llenó de energía el campamento y las excavaciones continuaron con renovado entusiasmo. Pero cuando un rayo de sol iluminó el rostro de Sekhmet, Lurgi sintió un escalofrío. Desde su trono, la diosa parecía juzgarlo. ¿Traía curación... o una advertencia?

La Traición

Shanghái – China.

De pie y con la mano en el mentón, Malenty se deleitaba contemplando el cuadro con una de las obras invitadas a la próxima premier de su galería. Ocasionalmente, dirigía la mirada hacia la entrada de su despacho. El negocio prosperaba y se sentía satisfecho, pero le preocupaba que Daryl aún no se reportaba. Esperaba recibir la buena noticia y, optimista, exhibir el papiro completo. Zaid le había asegurado que Burn entregaría los fragmentos a Daryl. No comprendía el retraso. Pragmático como era, ya daba por hecho que lo tendría.

En ese momento, tocaron a la puerta:

—Sr. Orso, llegó un telegrama —le dijeron.

—Finalmente —murmuró, dejando de admirar la bella pintura que lucía en la pared frente a la entrada: *El Caminante sobre el mar de nubes*, una obra maestra que invitaba a quien la observaba a regocijarse con lo más sublime del espíritu humano. Malenty se veía a sí mismo como el hombre de la pintura, en la cima, y no pensaba ceder en la búsqueda del papiro. Abrió la puerta, tomó el telegrama y lo leyó:

<<El papiro es auténtico, dinastía XVIII. No quieren dinero. Quieren lo que está en la Piedra. Tengo un fragmento>>.

—¿Solo uno? ¡Demonios! —vociferó, cerrando de golpe la puerta. "Buscaré a Zaid", pensó mientras salía apresurado.

Se sentía traicionado. No esperaba esta jugarreta. Ya le había entregado un anticipo por los fragmentos. "Nunca me había fallado. ¿Por qué ahora?", seguía pensando al entrar al bar del Shanghái Club, donde sabía que lo encontraría.

Lo buscó con la mirada, pero no lo vio. El humo de los cigarrillos se alzaba hacia el techo, ocultando los vitrales y envolviendo el ambiente, creando una penumbra que dificultaba la visión.

Alejado de la entrada, al final de la barra y cubierto por el reflejo de los espejos, estaba sentado Zaid, quien ya lo esperaba y, levantando la mano, lo llamó:

—Acá estoy —dijo, como si nada hubiera pasado.



Malenty giró al escuchar la voz. Cegado por la furia, se abalanzó sobre él, trastabillando y gritando:

—Me traicionaste... No te lo perdonaré.

Zaid logró esquivarlo y, con voz apaciguadora, dijo:

—Espera, no fui yo. Burn nos traicionó a los dos.

—Habla de una vez —exigió Malenty, amenazando con golpearlo.

—Resultó ser un nacionalista —aclaró rápidamente Zaid.—Quiere recuperar dos antigüedades egipcias que están en Londres: la Piedra y la máscara de oro de Satdjehuty —agregó.

—¡Maldito! Lo mataré —bramó Malenty, sujetándolo del cuello de la camisa.

—No es mi culpa —se excusó Zaid, con un hilo de voz.

—¿Pero qué es lo que está en la Piedra? —preguntó Malenty—. ¿Y por qué la máscara?

—No lo sé —afirmó Zaid, esquivando la mirada.

—¡Averígualo! —exclamó Malenty, marchándose sin despedirse.

La frustración lo consumió al comprender que necesitaría más que dinero para conseguir el papiro. No quería perder el control y prefirió retirarse. Su rostro desenchajado lo decía todo.

Poco después llegó al despacho, se sentó en el sillón de piel, encendió su pipa y reflexionó. Conocía de arte egipcio y sabía que la Piedra, aunque era un pilar en el desciframiento de los jeroglíficos, carecía de valor artístico. Pocos se interesaban en ella.

A él solo le importaba el papiro Sermy, pero antes de continuar con el plan original, tendría que superar este nuevo obstáculo, y decidió enviarle un telegrama a Daryl, en el que le ordenaba, entre otras cosas, regresar a Londres.

—Si la Piedra no vale su peso en oro, entonces, ¿qué demonios oculta? —masculló mientras apagaba la pipa y observaba el telegrama una vez más. Si la respuesta estaba en Londres... la descubriría.

Exhaló el último rastro de humo y apagó la pipa con calma. Pero en su mente, el enigma lo consumía. Algo le decía que la Piedra guardaba un secreto mucho más valioso de lo que Daryl creía... pero, ¿qué?

